

Pablo Campos Calvo-Sotelo, *España - Campus de excelencia internacional / Spain - Campus of International Excellence*, Madrid, Ministerio de Educación, 2010, 348 pp.

El Programa «Campus de Excelencia Internacional» (CEI) fue gestado en 2008 desde la Secretaría de Estado de Universidades, al frente de cuyo equipo estaba Màrius Rubiralta, y se encuadraba dentro de la «Estrategia Universidad 2015». Resultó un hecho memorable, tanto por la acogida entusiástica que generó en el conjunto de las Universidades españolas, como porque consiguió que por vez primera estos centros se plantearan olvidar los penosos localismos, competir con las mejores universidades europeas y establecer para ello planes estratégicos: en definitiva, profesionalizar su actividad.

La primera edición del CEI se celebró en 2009 y a ella concurren 51 planes, de los que fueron seleccionados 18 en una primera fase. El libro que reseñamos no pretende ser un catálogo de esos proyectos, ni tampoco una guía ilustrada de los campus españoles: es un documento que intenta ensalzar la calidad de la universidad española a través de su patrimonio urbanístico-arquitectónico. O si se prefiere, se trata de una investigación sobre la dimensión urbanístico-arquitectónica de la educación superior, pues ésta es considerada como una pieza clave en el compromiso por la calidad.

Para ello el autor parte del análisis histórico-tipológico de la universidad en el mundo, pasa después a describir el sistema universitario español desde su configuración urbanística y arquitectónica. Seguidamente considera las características del programa CEI y en concreto los resultados de la edición 2009. Tras ello, el trabajo se detiene en las características espaciales de cada una de las universidades, pues el autor defiende que no debe soslayarse que el urbanismo y la arquitectura han desempeñado un rol decisivo en la germinación de todo plan encaminado a incrementar la excelencia en la Universidad. Son muchas páginas, ilustradas con fotografías pensadas y seleccionadas por su capacidad narrativa, a través de las cuales se repasan las 77 Universidades existentes en España (47 públicas, 23 privadas, 5 no presenciales y 2 especiales) y sus 184 campus.

El libro se formula así como un alegato a favor de la necesidad de dotar a los espacios dedicados a la instrucción superior de la calidad que exige su finalidad, para ello se ha entendido que el mejor argumento es el extraordinario patrimonio espacial que hoy encarnan las instituciones de enseñanza superior españolas.

Concluye por ello con la formulación del concepto de «Campus Didáctico» con el cual el autor, arquitecto y profesor, subraya «la convicción de que la Educación y, por ende, la Universidad son hechos espaciales. Esta afirmación se sustenta en que el contacto humano que las hace posible se debe desenvolver en un lugar real. Así, los ámbitos urbanísticos-arquitectónicos son elementos necesarios para cumplir la misión última de toda Universidad: la formación integral de la persona. El diseño del campus debe resolverse bajo un comprometido afán de calidad, contribuyendo a la construcción intelectual, afectiva y social del universitario». Este concepto se concreta en un decálogo no solo teórico pues se basa en el ejemplo de diez universidades reales que de alguna manera los han realizado, cruzando así el umbral de la utopía.

Manuel Martínez Neira

J. Llovet, *Adéu a la Universitat. L'eclipsi de les Humanitats*, Barcelona, Galàxia Gutenberg, 2011, 379 pp.

Algunos de los estudiantes españoles que acudieron a Alemania a completar sus estudios en los años sesenta cuentan, en diferentes versiones, una interesante anécdota. Al poco de acabar la Segunda Guerra Mundial, los vecinos de una localidad estaban retirando escombros, mientras que, entre ellos, paseaba un hombre tomando notas. Un niño, extrañado, preguntó a su madre por qué aquel hombre no contribuía al igual que sus convecinos a las tareas de limpieza y reconstrucción de la ciudad. La madre respondió que dicho hombre era un poeta y que su contribución era igualmente importante, pues alguien tenía que escribir lo que pasaba y dejar ese testimonio para las generaciones venideras.

El libro de Jordi Llovet que aquí nos ocupa es el testimonio de un hombre de letras que,

contemplando el ruinoso estado actual de las Humanidades, decide dejar sus palabras por escrito para los lectores del presente y del futuro. Llovet, que tantos años ha enseñado sobre géneros literarios, adopta parcialmente la estructura elegíaca y la combina con la de unas memorias y la de un ensayo académico. El resultado – ecléctico e intertextual – es un libro exquisitamente retórico, llamado a persuadir al lector con argumentos dirigidos a la razón y al corazón, a hacerle disfrutar – a través de una disposición temática aparentemente desordenada – y, en definitiva, a instruirle horacianamente.

Llovet, catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Barcelona, abandonó su alma mater en 2008, dando un sonoro portazo. *Adéu a la Universitat. L'eclipsi de les Humanitats*<sup>1</sup> viene a ser una explicación y justificación del mismo, pero, como toda obra ambiciosa, trasciende rápidamente la situación concreta y pasa al terreno de las ideas. De ahí que el libro sea autobiográfico, recreado a partir de las anécdotas, pero también un ensayo de altura sobre la actual decadencia de las Humanidades y, con ello, de las Universidades.

Quien conozca la obra de este profesor catalán, no se extrañará del tono del libro, en el que se entrecruzan registros casi orales con otros que podrían calificarse no sólo de ensayísticos, sino incluso de manualísticos. Ya su primera obra, *Esquizosemia*<sup>2</sup>, representaba un difícil equilibrio estilístico y quería ser una innovación no sólo temática, sino también por su arriesgado registro polifónico.

Si *Esquizosemia* era una parte de la tesis doctoral de Llovet, necesaria para iniciar una vida académica, *Adéu a la Universitat* representa el abandono de la Academia. Esta circunstancia le facilita un tono magistral, mezclado con la anécdota, la broma y la pulla. Y es que Llovet se marcha triste de la institución, dolido con algunos compañeros y con el errático funcionamiento de su Facultad, cuyos síntomas de decadencia denuncia a lo largo de la obra.

<sup>1</sup> La traducción de esta obra, *Adiós a la Universidad. El eclipse de las Humanidades*, tiene que aparecer en septiembre de 2011 en la misma editorial.

<sup>2</sup> J. Llovet, *Por una estética egoísta (Esquizosemia)*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1978.

La tesis principal de la obra es que el adiós personal que Llovet expresa hacia su Facultad y a su Universidad coincide con la despedida *de facto* de las Humanidades en todas las Universidades por culpa de Plan de Bolonia. El autor del libro abandona su Facultad en el momento en que ésta, adoptando las directrices ministeriales, tiene que revisar los planes de estudio y la titulación que él dirige («Teoría de la Literatura y Literatura comparada») tiene que ser adulterada o suprimida.

Llovet había dirigido hasta entonces con éxito esa Licenciatura de segundo ciclo, que aspiraba a la unión interdisciplinar de todas las humanidades a través de la Literatura, tal y como se producía en las antiguas Facultades de Filosofía y Letras a través de los «cursos de comunes». Con esta titulación pretendía trascender los umbrales de la filología más positivista para abrir la literatura a la filosofía, a la antropología, a la historia, a la música...

La aspiración del saber humanístico que Llovet defiende hunde sus raíces más en el Renacimiento y en el XIX que no en la *Paideia* griega. Su modelo son las Facultades de Filosofía y Letras, entendidas como el verdadero corazón de la Universidad. Éste debía bombear la sangre que, tal y como pretendía Humboldt, se repartiría por todas las arterias, venas y capilares del saber. La función cardíaca de las Humanidades no puede verse desde fuera y tiene poca fama en nuestros días en los que sólo se valora lo exterior y lo material.

Para Llovet el abandono de la Filosofía y de las Letras implica el vaciamiento del ideal de la unidad del saber que preconizaba Hegel y que se aplicó en la universidad alemana del XIX. El profesor catalán considera, con todo, que esta hermandad entre la Filosofía y las Letras reside en el estudio del lenguaje, el verdadero problema filosófico del siglo XX. Con las categorías postnietzscheanas, Llovet proyecta la obra de Adorno o de Benjamin hacia la genealogía del intelectual y del hombre de letras, el «letraferit».

De ahí que, frente a la *Paideia* griega – demasiado henchida de *physis* – y de la escolástica medieval – demasiado colmada por la Teología –, sea el Renacimiento donde empieza la figura del intelectual humanista, lugar en el que Llovet busca al erudito – al amante de las Letras –

y en el momento en el que, en efecto, comienza la pasión por la filología. El segundo momento en el que se consolida la figura del erudito es el XIX, caracterizado ya como una persona que domina ante todo la Filosofía, la Filología (clásica y semítica), la Historia y el Arte en todas sus manifestaciones. Es el momento en que, como nos recuerdan –entre otros– Barthes y Foucault, empieza a hablarse de «literatura»<sup>3</sup>.

Sin embargo, el siglo XX ha significado, para las letras, un cúmulo de batallas perdidas contra la técnica deshumanizadora. En el penúltimo capítulo del libro, Llovet muestra su interés por la ciencia y por la técnica, y sostiene que ésta no tiene por qué cercenar los espacios de libertad y de reflexión que procuran las humanidades, que se preguntan por la naturaleza de las cosas y por su esencia. Sin embargo, lo cuantificable, lo externo y lo material se imponen frente a lo espiritual, cuyo valor ya no es ni meramente simbólico. Tal vez en el futuro nos afearán tácitamente: *Nec quae natura, quaeve ratio gignat, ut barbaris, quaesitum compertumve*<sup>4</sup>.

En *Adéu a la Universitat* se encuentra la ironía del catedrático de Letras que sabe, con orgullo, que sus disciplinas no sirven para nada ni a nadie. Pero tal postura es irreconciliable con la de una Universidad gobernada por criterios mercantilistas y utilitaristas. La aristocracia europea ha estado muchos siglos proyectando y promoviendo la construcción de palacios y de jardines. Y todo eso con gran señorío y sin la menor intención de eso sirviera para nada práctico o útil. Parece que en nuestros días ha llegado el momento de que la aristocracia del saber, que no había pensado en que sus proyectos tuviesen que servir (ni cualquier otra bajeza semejante), se vea obligada a entrar en el ruedo de las exigencias mercantiles.

Para Llovet, las humanidades tienen un valor intrínseco, no cuantificable. Sin embargo, en el mundo utilitarista su esplendor ha ido periclitando. A tenor de lo que puede leerse en distintas partes del libro, creo que el verdadero modelo humanístico de Llovet se encuentra en una comparación entre tres generaciones:

<sup>3</sup> Véase, por ejemplo, la entrevista a Roland Barthes, «¿Adónde/o va la literatura?», *Variaciones sobre la literatura*, Barcelona, Paidós, 2002, pp. 175-197, cuyos juicios coinciden mayoritariamente con los de Llovet.

<sup>4</sup> Tácito, *Germania*, XLV.

la última del XX y las primeras del siglo XXI, todas ellas en una dimensión europea y barcelonesa, respectivamente<sup>5</sup>.

Pienso, por ejemplo, en Auerbach, Curtius o Jaeger, y –a escala barcelonesa– en Carles Riba, como los grandes humanistas, filósofos-filólogos que tiene en mente Llovet para ilustrar su arquetipo de intelectual. Para ejemplificar esta conjunción humanística, tomo un comentario que escribió en 1961 un profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, cuando murió Werner-Wilhelm Jaeger. Para él, el sabio alemán podía definirse como «un gran profundizador, esto es, y valga la frase, de un humanizador y, por ende, ‘despositivizador’ de la Filología, en lo que el positivismo tuvo –entiéndase bien– de mecanicista, científicista y antimetafísico, que es tanto como decir, en definitiva, de antifilosófico y antihumano»<sup>6</sup>.

Una segunda generación de profesores e intelectuales, en sentido amplio, sería la de los propios maestros –directa e indirectamente– de Llovet. Sería la generación, modo grosso, desde Sartre hasta Roland Barthes o, en Barcelona, de Blecua, Riquer o Batllori. Una generación que, gracias a la labor «humanizadora» de la anterior, fue menos áurea, y precisamente más cercana al estudiante. Fueron grandes maestros, pero también grandes docentes y conversadores.

La tercera generación de humanistas que Llovet tiene presente (y de la que todavía vivimos) es la de sus maestros, pero también compañeros de docencia. Una generación que empieza a mediados de la década de los veinte y concluye a principios de la de los treinta, que congrega a los mayores intelectuales del siglo XX: Foucault, Habermas, Eco, Genette, Deleuze... que Llovet conoció personalmente en sus años de doctorado, tal y como narra en el capítulo que dedica en el libro a esa época de su vida. Al regresar a Barcelona trabajó amis-

<sup>5</sup> Esta es una idea que también puede corroborarse en la entrevista realizada a Llovet en «Una idea de lectura: respuestas a un cuestionari», que puede leerse en el volumen colectivo *Lectura, memoria i tolerancia*, editado y difundido por la librería La Central en 2003, pp. 59-80. Las referencias a las generaciones intelectuales pueden encontrarse en las pp. 63-64.

<sup>6</sup> Véase J. M. García de la Mora, «Werner Jaeger: Filósofo, Filólogo y Humanista», *Convivium*, 11-12 (1961), p. 177.

tad con los profesores de esa generación, que le sirvieron como modelo e inspiración: Lledó, Valverde, Comas, Vilanova...

Todas esas generaciones fructificaron al calor de la Facultad de Filosofía y Letras que, era una verdadera «università degli studi», hasta llegar al propio Llovet, uno de los últimos representantes de ese viejo ideal humanístico. Como docente, el profesor catalán ha sobrevivido a la fragmentación de la Facultad en múltiples Facultades y al proceso de disgregación interna de las humanidades como centro del saber. Y como poeta, es capaz de cantar, a lo largo de los capítulos, su elegía a los escombros que quedan de la República de las Letras.

El autor escribe primero un encomio a esa Facultad de Filosofía y Letras, troceada y empobrecida, para luz y norte de quienes no la conocieron. Luego deviene elegía a un cuerpo universitario que, sin su corazón, funciona artificialmente y está condenado a la muerte. El libro, en su rica intertextualidad, tiene un capítulo en el que Llovet inserta su correspondencia electrónica mantenida con el Rector de la Universidad de Barcelona, en los tiempos en los que algunos estudiantes se habían encerrado en el Edificio Histórico de dicha institución. Con ello, Llovet muestra su solidaridad con quienes se han manifestado y se manifiestan, con sobradas razones, contra el Plan de Bolonia.

El libro no trata la particular visión que el Ministerio tuvo, en su momento, a la hora de aplicar las directrices comunitarias. El caso español –frente a otros países europeos– resulta especialmente lacerante, ya que con la excusa boloñesa, se ha producido una reforma estructural de la Universidad que ha dañado fundamentalmente a las materias de formación básica, tanto científica como humanística. Me refiero al recorte de horas (cuando no directamente la eliminación) de asignaturas como álgebra, cálculo, física... en las Facultades de Ciencias y en las Escuelas Técnicas y la poda indiscriminada de las disciplinas humanísticas ya no sólo en las propias Facultades de Filosofía y Letras, sino también en otras carreras como Derecho, Economía, Bellas Artes...

Los actuales planes de estudio, más allá de los coyunturales pesos y contrapesos departamentales y de no pocas tropelías en el seno de la propia Universidad, obedecen a la idea del

rendimiento inmediato y a la productividad empresarial, basadas en la aniquilación de la capacidad crítica y en la deshumanización del «saber». Siguiendo con la metáfora, se pretende extraer sangre de los capilares sin que el corazón la haya bombeado, ni que haya circulado por las venas y las arterias del conocimiento. Éste es el triste y realista mensaje que transmite Llovet, quien se retira a los sesenta años de la Universidad repitiendo que “a un muerto se le puede velar tres días, pero no diez años».

El libro está salpicado de anécdotas, que conocían en su mayoría los estudiantes que habían acudido a sus clases. El lector podrá saborearlas con fruición, a través de la prosa entre *renaixent* y *noucentista* de Llovet, que prefiere la sensación de inmediatez –que proporciona un registro casi oral combinado con disquisiciones eruditas acompañadas de abundantes notas– a la tersura de los clásicos franceses.

El libro descubre algunas de las muchas mentiras piadosas que Llovet, en sus múltiples personalidades, ha ido esparciendo por las aulas. Muchas veces decía que el contenido de sus clases era él mismo. Más que de él, el profesor catalán hablaba de “su mundo”, lo que incluía sus lecturas, sus amigos, sus altas y bajas pasiones, sus virtudes, sus vicios... un mundo que, en *Adéu a la Universitat*, se eleva al rango de literatura.

Y concluye el libro recreando el tópico «*beatus ille*». Más senequista que virgiliano, Llovet no renuncia del todo a la vida urbana y a ciertos placeres. Su anhelo vital, más allá de ciertos desengaños, sobrepasa los mundanos deseos del maestro Ianotus de Bragmardo, quien expresaba que «*ne me faut plus désormais que bon vin, bon lit, le dos au feu, le ventre contre la table avec une écuelle bien profonde*<sup>7</sup>».

Conviene esconder en alguna *aurularia* esta obra del Dr. Jordi Llovet. Tal vez existirá un renacimiento carolingio del saber humanístico dentro de unos siglos. Si algún afortunado encuentra el libro en aquellos momentos, podrá decir que a comienzos del siglo XXI no todos eran *bárbaros*, ni tampoco sólo hablaban inglés.

Rafael Ramis Barceló

<sup>7</sup>F. Rabelais, *Gargantua* en *Œuvres complètes*, Paris, Seuil, 1973, p. 92.